

Estado y perspectivas del libro hoy

Alegato a favor de la “bibliodiversidad”

Fernando Aínsa

En una civilización que se fundamenta en “El Libro”, permitimos que el libro sea quien fagocite al libro. Contra la vacuidad de la homogenización del libro se precisa de la “bibliodiversidad”.



Sergio Abraín

Herederas de las civilizaciones judeocristiana y árabe, llamadas de “El Libro”, alrededor de cuyas “sagradas escrituras” (el Corán, el Talmud o la Biblia y otros libros de “revelación”) han cristalizado ideas y pueblos, la cultura occidental ha hecho del libro un producto “noble” y privilegiado, depositario del conocimiento, transmisor de saber y carta de credencial de prestigio social, tanto del escritor que lo escribe como del lector que lo lee y lo cita. Esta aureola, aún desacralizada por la incorporación del libro a las llamadas “industrias culturales”, subyace en el admirativo respeto con que editoriales, librerías y bibliotecas se identifican como factor esencial de la educación y el desarrollo. Alfabetizar, aprender a leer, fomentar el hábito de lectura, son etapas educacionales basadas en la misión que se le otorga al libro.

Aunque la producción y la distribución de libros son asimilables a

una industria, y de hecho se habla de la “industria editorial”, el producto —el objeto libro— tiene tal identidad espiritual y tanta importancia que la discusión sobre su función no puede ser tratada únicamente según criterios económicos. Esta dualidad económico-cultural exige una concepción global que tenga en cuenta al mismo tiempo la importancia del libro como vehículo de educación, cultura e información y la problemática técnica y económica propia del sector industrial.

La irrupción de la última ola globalizadora ha transformado casi todo, pero pocas áreas tanto como las de las comunicaciones, entre las que figura la industria editorial. En el sector del libro la globalización ha generado o puesto de manifiesto, según los casos, una serie de problemas que afectan a todo el planeta y que ponen en tela de juicio la independencia de las editoriales que, ya de por sí, deben enfrentar los

problemas de toda pequeña y mediana empresa.

La concentración de grupos editoriales

Impulsado por el desarrollo fulgurante de las nuevas tecnologías, el sector editorial ha sufrido el impacto de la concentración económica tanto horizontal como vertical. Adquisiciones, fusiones y ventas de editoriales son constantes y han ido constituyendo grandes conglomerados, casi siempre de carácter transnacional. Muchas de las pequeñas o medianas editoriales locales han sido absorbidas por grandes grupos y controladas por capitales extranjeros que, generalmente, se desentienden de la línea tradicional de la editorial adquirida. Es un hecho que las empresas multinacionales, sus filiales o las industrias locales concentran sus esfuerzos técnicos, humanos y financieros en la promoción y difusión de

obras “internacionalizadas” de gran éxito (*best sellers*), autores nacionales consagrados, pero raramente se dedican a sacar adelante nuevos proyectos o autores noveles.

El libro y el mundo editorial se sitúan en el núcleo del debate actual sobre la necesidad de promover la diversidad cultural en el contexto de la globalización haciendo frente a la concentración de las industrias culturales. Al lado de los grandes grupos editoriales, sometidos a una exigencia de rentabilidad no siempre fácil de conciliar con las lógicas de producción intelectual y cultural, es importante que siga vigente una actividad editorial descubridora de talentos, productora de libros de debate, portadora de alternativas.

En su libro *La Edición sin Editores*, el editor y escritor André Schiffrin denuncia los riesgos a los que debe enfrentarse el libro actual convertido en una especie de apéndice de los “medios de comunicación” dedicados a ofrecer viejas ideas e información aséptica que garantice que todo está bien en el mejor de los mundos posibles, y que todo debe seguir así. En este contexto, los libros llamados “difíciles” ya no pueden ser publicados, ya que —según, Schiffrin— el debate público, la discusión abierta, la diversidad en la oferta, la impostergable *bibliodiversidad*, entran en conflicto con la necesidad imperiosa y creciente de obtener beneficios.

El libro enemigo del libro

En este contexto creemos que el enemigo del libro no es tanto la radio o la televisión, el CD o el DVD y, menos aún, Internet; el principal enemigo y la amenaza más grave que pende sobre su destino, es el propio libro.

Me explico. Es un determinado tipo de libro el que está canibalizando a otros libros; es el modo como se lo produce, promueve y distribuye, el tratamiento del lector como mero consumidor; la espiral inflacionaria de premios, muchos de ellos arreglados de antemano, de títulos y autores en que está lanzado un furioso *marketing* editorial; es la forma en que el libro se fagocita y se autodestruye en los pro-

prios anaqueles de las librerías, la que confabula contra su destino. El libro que se valora por los metros que ocupa en depósitos de calculada renta más que por su contenido.

El enemigo del libro son las concentraciones de grupos editoriales donde los productos tienden a homogeneizarse, a perder las aristas de la necesaria diversidad, las adquisiciones de pequeñas casas editoriales con su propia línea y personalidad para cerrarlas o vaciarlas de contenido. Grupos de donde han desaparecido los fondos editoriales vivos y estables y aquellos catálogos perdurables con reediciones periódicas.

“ En España, quinto productor mundial de libros y tercero en Europa, la mayoría de las novedades mueren apenas nacen. ”

El enemigo del libro es el propio libro presente en la avalancha de títulos publicados y cuya cadencia es imposible seguir; donde su rotación en escaparates y en mesas de novedades se reduce a apenas unos días. En España, quinto productor mundial de libros y tercero en Europa, la mayoría de las novedades mueren apenas nacen. Ello genera un perverso y cada vez más acelerado sistema de devoluciones de títulos intactos, apenas entrevistados, jamás mencionados en una reseña periodística, espiral viciosa que reconocen los profesionales del libro y que nadie parece detener.

Sin embargo, la propia globalización ofrece algunas alternativas a este proceso. El impacto de las nuevas tecnologías, especialmente las aplicaciones de la informática a la industria editorial, han abaratado los costos de producción y, sobre todo, han impulsado la proliferación de pequeñas empresas editoriales y la posibilidad de ajustar los tirajes a las fluctuaciones del mercado. El procesamiento de la imagen por computador (digitalización,

“escanerización”) ha ampliado las bases del trabajo gráfico y se traduce por un gran ahorro en tiempo y materiales de todo tipo como papeles, tintas e impresiones de prueba.

Máquinas de composición y de impresión situadas entre la fotocopiadora y las impresoras, permiten tirajes reducidos o los “a medida” (un sistema muy útil para reeditar libros agotados o reproducir en forma facsimilar viejos libros de bibliotecas). Todo ello ha permitido la introducción de una nueva racionalidad tecno-económica y la modificación de los mecanismos de regulación de las relaciones técnicas y económicas, al mismo tiempo que la generalización de estos avances ha cambiado radicalmente la práctica educativa y de investigación actualmente vigentes.

Las especies en peligro

Libros que con sus pequeños tirajes, donde la oferta se segmenta según los intereses de lectores, canalizan una demanda especializada y diversificada que aspira a la *bibliodiversidad*, al modo de esa protección de “especies en peligro” que reclaman los defensores de la biodiversidad del planeta: una *bibliodiversidad* que se alce contra la oferta impuesta, publicitada y amontonada; una *bibliodiversidad* que proteja lo específico, lo diferente frente al libro fabricado como un producto de *marketing* y lanzado a grandes tirajes, promovido a golpes de publicidad y de premios literarios apañados por razones estrictamente comerciales. Lectores a los que se les ofrece y se les imponen productos y donde la demanda, fruto del interés personal o la simple curiosidad, intenta adormecerse o suprimirse.

En nombre de ese lector interactivo, de ese libro que se renueva en la relectura, debe mantenerse y defenderse el libro que abre nuevos senderos al pensamiento y a la imaginación, a la reinterpretación renovada, superando los pronósticos agoreros que lo condenan a desaparecer; un libro capaz de sobrevivir si mantiene su diversidad, esta *bibliodiversidad* a la que hemos consagrado nuestro alegato.